

# APUNTES CRÍTICOS DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Los aspirantes a la Medalla de Honor.-Los jóvenes se anuncian como valores futuros.-Su producción la más interesante.-El Certamen resumen es índice de la vitalidad artística.

**E**STAMOS otra vez en el recinto de la Exposición Nacional. El hecho nos indica, sin vanas disgresiones que lo demuestren, la vitalidad artística actual. Señala también la protección estatal por medio del Ministerio de Educación y de la Dirección General de Bellas Artes, y añade una satisfacción para todos: la de saber que España, hoy, en el mundo, dedica uno de sus afanes al fortalecimiento y amplitud del Arte. Y esto social y políticamente tiene una importancia que es menester subrayar.

Y tras el pórtico del prólogo, resumamos la impresión total de este Certamen, cuyo tono medio es superior al último celebrado. Es posible que falten los cuadros de excepción, fuera de algunos que aspiran a la Medalla de Honor; pero también es verdad, y acaso como índice más digno de tenerse en cuenta, que el buen gusto en los temas y una depuración en la sensibilidad se ha hecho presente en el conjunto.

Son aspirantes a la Medalla de Honor: Solana, Vázquez Díaz, Hermoso, Vila-Puig, Martínez Vázquez y el escultor Marín.

El orden expuesto nos permitirá seguir el análisis en la misma forma. Estamos ante los cuatro lienzos de Solana: «Máscaras», «Las lavanderas», «Mujer y maniqués» y «Caretas». Cualquiera de ellos es suficiente para dar gloria a un pintor. El «caso» Solana, por su misma importancia, es fácil a sufrir grandes equi-



Llegada a la Exposición Nacional de S. E. el Jefe del Estado, que es recibido por el Excmo. señor Ministro de Educación Nacional.



S. E. el Generalísimo en la sala de esculturas de la Exposición.



**El Caudillo de España, acompañado del Sr. Ministro de Educación Nacional y del Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya, recorre las diversas salas del Certamen Nacional de Pintura.**

vocaciones. Una de las mayores acaso sea aquella de la que son portavoces lo que pudiéramos llamar el frente de los timoratos o de la mediocridad. Le forman los que creen que la Pintura es trasladar a la tela pájaros, flores, mujeres elegantemente ataviadas o caballeros con la mano puesta en un sillón y los inevitables crepúsculos sobre el mar. Naturalmente, esto no merece tomarse muy en serio si no fuera porque causan un evidente perjuicio a los que pretenden aprender en opiniones ajenas. De todos es sabido que la Pintura tiene que ser algo muy superior a la habilidad de un señor para agradar a otros. Y conscientes de ello, debemos alejarnos de los que nos tienen encerrados los elogios en las bellezas de un pasado o en las minucias de un presente. Y esta liberación de la ñoñería es menester emplearla con el pintor que más la sufre: Solana.

Nosotros no pretendemos crear axiomas, pero sí incitar a la reflexión. Y ésta surge cuando, ante los cuadros expuestos por el artista madrileño, contemplamos, al lado de una obra personalísima, una pintura superior. Poco importa que el tema no sea de nuestro agrado, porque lo que nos interesa es asistir a un proceso pictórico, a un curso intelectual y artístico, y éste nos lo brinda Solana con enseñanzas definitivas. Se ha pretendido poner al lado de su tristeza, ejemplar, el canto de la aversión por su predilección por una humanidad irredenta o de espaldas a la Vida. No importa. Sabemos todos que esa humanidad existe y que tiene realidad en todas y cada una de las partes del mundo. No seamos tan fáciles para la evasión, que huyamos por no ver una interpretación exacta. Solana, como todo gran artista, no retrata una humanidad concreta, refleja su revés. Por tanto, conscientes de su universalidad, dejemos la Literatura para recreo de los que de ella gusten, pero no mezclemos jamás su contenido con aquel pictórico que encierran los cuatro lienzos expuestos, ante los cuales es preciso proclamar su bondad. Y no olvidemos que la sinceridad no le ha permitido pintar para la exportación; ha pintado de verdad y para nadie. No ha tenido nunca los motivos sujetos a un mercado con miras distintas de aquellas que se derivaban de

su propio goce. Y como lo que evidentemente importa a todos es que se pinte bien, en este caso, para satisfacción española, está cumplido con creces el empeño.

Vázquez Díaz es el pintor que le sigue en el orden y en los méritos. Su aferramiento a la fórmula que se hace más viva en la colección de retratos, perjudica a su obra. Su fama de dibujante sigue en el gran nivel a que nos tiene acostumbrados; pero el color en una misma solución de pobre simplicidad hace perder calidad a la línea. Es pintor que tiene problema y resultado, lo que es más que suficiente, pero la repetición del hallazgo resta calidades al propósito. De sus cuatro cuadros nos satisfacen por este orden: «Retrato del P. Sancho» —donde hay una concepción de blancos en el hábito resuelta de mano maestra—, «Retrato de don Elías Tormo», «Retrato de Azorín» y el del «Duque de Alba». Los dos primeros tienen un interés auténtico; en los otros, el encuentro entre el modelo y el retratado, singularmente en el último, no logran crear el lienzo independiente y logrado en la superación que debe esperarse de quien los firma.

La colección de paisajes de Vila-Puig no consienten la emoción. La expresión de los elementos naturales está tan ajustada a una traducción limitada, que se pierde lo que pudiera haber entre el paisaje y el hombre. No logran llegar al espectador porque el pintor los ha visto tan preocupado de sorprender la luz que, olvidado de todo, ha olvidado que también ésta era falsa a fuerza de desear que fuera real.

Martínez Vázquez no permite a su pincel otro traslado que el de una misma luz a una determinada hora. Lo demás, le preocupa secundariamente. Cree que con seguir fielmente las incidencias del terreno o las sorpresas de la piedra y del árbol ha cumplido su quehacer. Y de esa equivocación surge un producto del que tienen la culpa la mala disposición de los sumandos.

Y, por último, Hermoso, en una senda propicia a los engaños, de la que, desgraciadamente, no sabe apartarse, llena de falsa dulcedumbre, unos lienzos que mueren anegados en naranjas y violetas. Algunos conservan restos de pasadas grandezas,

que volverán cuando el pintor no confunda los fines ni pretenda crear una belleza para una predilección particular.

Y éstos son los pintores que aspiran a la Medalla de Honor, a los que sinceramente —no acertadamente— enjuiciamos con la mayor lealtad y la mejor voluntad de definición, ya que lo que importa es que la amistad o la enemistad dejen paso a aquel que más valga, para honra y provecho de todos.

La Exposición ahora podemos dividirla en pintores «honrados» y pintores que, siéndolo, aspiran a seguir o a marcar rumbos distintos a los cánones. El grupo de los primeros llega desde los más antiguos, como Hidalgo de Caviedes, hasta jóvenes como Segura, que, muy acertado en su lienzo dedicado al P. Sancho, donde hay soluciones magníficas en la cabeza de los frailes, persiste en la manía de envolver el conjunto en una misma melodía cromática. A este grupo pertenecen Mosquera, Lázaro, Peñuelas y muchos más que siguen trilladas sendas con una dignidad que demuestra la posesión de los secretos del oficio, aunque las alas cortadas no les permitan la escapada definitiva, que pueden conseguir cuando se decidan a abrir su panorama espiritual. Lázaro, en un tríptico, demuestra que el pincel sabe penetrar en todos los resortes, y acierta hasta en la composición, en ocasiones. Mosquera, en su «Prior», se enfrenta con las dificultades y las vence, y Peñuelas sueña con una perfección que alcanza a veces, aunque a todos les falta el rasgo personal que los defina con aspiración de inmortalidad. Junto a los nombrados, muchos nombres más; pero la lista se haría interminable, y preferimos señalar las esperanzas que se anuncian más seguras.

En este grupo de promesas podemos apuntar a Campillo, que se ha revelado con dos paisajes que ofrecen una noción pictórica perfecta; a Amat, creador de una poesía de la ciudad que nos descubre lenguajes ocultos; a Pedro Mozos, que en concepción superior aspira, y lo conseguirá, a hacer suya la Pintura. La parte interior de «Ecos de guerra» es la mejor prueba de ello. En el mismo lugar, Jenaro Lahuerta, en su «Reposo», pintor suficiente para garantizar a una firma; Eduardo Vicente, uno de los espí-

ritus más acusados y más seguros; Serra, de fina factura; Santasusagna, triunfador en el retrato de su hija. Y en la misma lista, el «milagro» de Carmen Legísima, que se nos ofrece repetido y siempre con la misma sorpresa, y Frau, en camino de encontrar «su» verdad en un cuadro agradable, lleno de calidades, y García Morales, que en su «Pudor» se consagra como esperanza fecunda, y Orga Marqués, que en sus «Payasos», de buen recuerdo picassiano, alcanza a conseguir una expresión y un sentido.

Hemos procurado escoger a los pintores en los que creemos y a los que nosotros conocemos poco y la mayoría del público nada. Nos parece rendir con ello un tributo a su mérito, que nos ha hecho parar los pasos frente a su obra. En ellos, y singularmente en Mozos, Legísima y Eduardo Vicente, están grandes pintores. Su presencia indica un deseo de competición, que siempre nos parece más loable que el encierro en las torres de marfil.

Lo que pudiéramos llamar escuela catalana es lo más firme del Certamen, fuera de las «islas» de los tres nombres reseñados.

Dos pintores nos han defraudado esta vez: Vaquero, con una «marina», en la que los valores se pierden por una equivocación de medida pictórica, y Llimona, que ha hecho un ensayo inferior a la bondad de su producción.

Y en el tono medio, una lista de pintores de indudables excelencias, que llenan gran parte del catálogo. Y también, ¡cómo no!, las pertinaces equivocaciones y errores de tantos que tienen «vocación», y lo que es peor, deseos de persistir.

En la Sección de Grabado destacan los dibujos de Vázquez Díaz —demasiado vistos en otros Certámenes—, siempre magníficos; las acuarelas de Amat, los apuntes de Mozos y la buena técnica de Esteve-Botey. En la Sección de Escultura, Marín —aspirante a la Medalla de Honor— presenta una imagen de San Francisco, llena de ternura escultórica, a la que aditamentos de adorno restan valor. Dos grandes esculturas componen su aportación mejor. Planes acierta en un «Desnudo» y en el ropaje de una figura religiosa. Amaya, siempre alejado, hace acto de presencia con una talla llena de buen trabajo y ganados esfuerzos,

que han dado fruto cierto. Pinazo tiene una bella escultura, que puede competir con ventaja con las más ambiciosas. Alvarez Borrás, Coullat Valera y, sobre todo, Zaragoza —auténtica revelación—, en el busto de su padre, junto con Borrás, Torre-Isunza, Sánchez Cid —que ha estropeado su buen hallazgo con un barnizado absurdo—, Vicent, etc., poseen atracciones suficientes para ser dignos de elogio. Entre la aportación joven, Víctor de los Ríos, Margarita Sans Jordi y otros, se sitúan en el plano para la obtención de los premios a los justos deseos.

Y este es el apunte crítico rápido que nos da como resumen la Exposición Nacional.

No hemos pretendido hacer análisis, sino dejar señales para que el futuro espectador tenga sitio determinado donde pararse y analice por su cuenta. Hemos procurado dedicar la atención en los jóvenes por creer que es lo más digno de apuntar. Y la verdad es que en la juventud es donde se advierten las mejores realidades, ¡gracias a Dios! Y como epílogo, la satisfacción de ver que hoy, mejor que ayer, se abren las ventanas del Arte y se siguen los más diversos caminos. En España, que tantos apellidos ha dado a la Pintura, y que en la actualidad reparte con prodigalidad, se sigue pintando. Dentro y fuera de la Exposición podemos estar seguros, como dentro y fuera de España, que los caminos primeros llevan todos nombres españoles; ni el aferramiento de muchos al pasado, ni el deseo de otros por los futuros, hace perder calidad al panorama de nuestros artistas, que casi siempre son los mejores. Y el Estado, interesado, porque así sea, fomenta cada día los impulsos. Los resultados se han obtenido ya, pues las estadísticas dicen mejor que nada que los esfuerzos han conseguido el buen final. Y eso es lo verdaderamente importante para todos: aunque el Certamen actual no dé, ni con mucho, la valía —en conjunto— del Arte Español, que hoy ocupa, en Pintura, el puesto más interesante.